

Las ciencias de la memoria*

Ahora quiero formular cuatro tesis. Son difíciles de por sí, y sus interconexiones son más difíciles aún. En este capítulo y en el próximo, propongo un modo de entender los acontecimientos que he estado describiendo, tanto los antiguos como los recientes. He aquí las cuatro tesis, sucintamente:

1. Las ciencias de la memoria eran nuevas a fines del siglo XIX, y con ellas aparecieron nuevos tipos de verdad y falsedad, nuevas clases de hechos, nuevos objetos de conocimiento.
2. La memoria, considerada ya como un criterio de identidad personal, se convirtió en la clave científica del alma, de modo que al investigar la memoria (para conocer sus hechos), se conquistaba el dominio espiritual del alma y se lo reemplazaba con un sustituto: el conocimiento sobre la memoria.
3. Los hechos descubiertos en las distintas ciencias de la memoria implican un conocimiento superficial; debajo de ellos está el conocimiento profundo de que hay hechos sobre la memoria aún por descubrir.
4. Posteriormente, los debates que antes se habrían dado en el plano moral y espiritual, tuvieron lugar en el nivel del conocimiento fáctico. Todos esos debates políticos presuponían ese conocimiento profundo y sólo fueron posibles gracias a él.

La idea de conocimiento superficial y profundo se basa en lo que Michel Foucault llamó *conocimiento y saber*.** Foucault definió el *saber* como “unos elementos que deben haber sido formados por una práctica discursiva para que eventualmente un discurso científico se constituya, especificado no sólo por su forma y su rigor, sino también por los objetos con los que está en relación, los tipos de enunciación [*grosso modo*, los tipos de afirmación] que pone en juego, los conceptos que manipula y las estrategias que utiliza”. Como ejemplo, escribió que el *saber* de la psiquiatría, en el siglo XIX, no es la suma de lo que se creía verdadero, sino “el conjunto de las conductas, de las singularidades, de las desviaciones de que se puede hablar en el discurso psiquiátrico”.¹ Puede que el conocimiento profundo no sea conocido por nadie; es más bien como una gramática, un conjunto subyacente de reglas que determinan, en este caso, no qué es gramaticalmente correcto, sino qué es posible de ser verdadero o falso. Los elementos particulares, considerados verdaderos o falsos, son *conocimiento*, o lo que yo llamo conocimiento superficial. Mi adjetivo “superficial” no pretende menospreciar todo nuestro conocimiento ordinario, insinuando que sólo está en la superficie, mientras que habría algo más profundo que deberíamos saber. Baso la terminología en las gramáticas superficial y profunda de Chomsky. La gramática superficial es, por ejemplo, la gramática del inglés, que, podría decirse, es lo que importa. Algunos críticos de Chomsky dirían que no existe nada semejante a una gramática profunda, y algunos críticos de Foucault dirían que no existe nada semejante a su *saber*. Yo utilizo el conocimiento superficial como una idea analítica, no para hacer un juicio de valor sobre distintas clases de conocimientos.

No es éste el lugar para corroborar mis cuatro tesis en todas las ciencias de la memoria. Cada una de ellas exige un relato complejo. A pesar de nuestro profundo compromiso programático con la unidad de la ciencia, no existen muchas coincidencias prácticas entre las ciencias de la memoria. Pensemos en (a) los estudios neurológicos sobre la localización de los diferentes tipos de memorias;

* Fuente: Hacking, I. (1995). *The Sciences of Memory En Rewriting the Soul. Multiple Personality and the Sciences of Memory* (pp. 198-209). Princeton, New Jersey: Princeton University Press. Trad. de Agustín Kripper. Rev. de Alejandro Dagfal. Cát. I de Historia de la Psicología. Buenos Aires: Facultad de Psicología, UBA.

** [En el original, “*connaissance and savoir*”. Debido a que en inglés hay una sola palabra –*knowledge*– para estos dos vocablos franceses, Hacking los conserva sin traducir para sostener la diferencia. Evidentemente, en castellano no es preciso hacer esto, por lo que se los vierte sin más, conservando no obstante las cursivas para diferenciar los conceptos de Hacking de los de Foucault. N. del T.]

¹ Foucault 1972, 182 [Foucault, M. (2002). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI, 305-306]. Hay muchas maneras de leer a Foucault. Para mi perspectiva sobre el *saber* y el *conocimiento*, véase Hacking 1986a.

(b) los estudios experimentales del recuerdo; y (c) lo que podría llamarse la psicodinámica de la memoria, que incluso los enemigos de Freud nunca logran separar del todo de su obra. La palabra “dinámico”, en psicología y psiquiatría, ha tenido una historia accidentada.² Me refiero al estudio de la memoria en términos de fuerzas y procesos psicológicos conjeturales.

Estas tres ciencias de la memoria son criaturas del siglo XIX. Sólo la neurología ha sido afectada profundamente por los avances de alta tecnología del siglo XX: al cerebro podemos hacerle cosas con las que los neurólogos del siglo XIX sólo podían soñar. A las tres viejas ciencias de la memoria, debemos agregar dos ramas de la ciencia pertenecientes al siglo XX. Primero, están (d) los trabajos en el nivel de la biología celular, como la transmisión a través de los canales de potasio y otras cosas por el estilo. Por cierto, la ambición es unir esto con (a), para dar cuenta, en el nivel de la célula y en otros más pequeños, del almacenamiento y la transmisión de la información en las diferentes partes del cerebro. Por último, podríamos agregar (e), la modelización informática de la inteligencia artificial, el procesamiento distribuido en paralelo y otras ramas de la ciencia cognitiva.

Estos cinco tipos de ciencias son *conocimiento*, conocimiento superficial, que dan por supuestos los objetos que investigan. Llamarlas superficiales no supone menospreciarlas de ningún modo. Son relevantes de diversas formas. Algunas de ellas, cuya tasa actual de aplicación práctica al conocimiento teórico o a la especulación va del uno al infinito, puede que cambien nuestras vidas cotidianas en el futuro. Las agencias de financiamiento actúan con esa esperanza: nada mejor que un párrafo sobre la enfermedad de Alzheimer para aumentar la probabilidad de obtener una beca para trabajar en las corrientes de iones que pasan por los canales de potasio. Sin embargo, de las tres viejas ciencias de la memoria mencionadas, la psicodinámica de la memoria es el único conocimiento que ha influido profundamente en la cultura occidental. Los trabajos de laboratorio sobre el recuerdo prosiguen en mil departamentos de psicología hoy en día. Nos han legado ciertas expresiones del habla común (¿quién no conoce las memorias de corto y largo plazo?). No obstante, desde un punto de vista más amplio, puede que su función principal sea la de apuntalar el conocimiento profundo, la convicción no declarada de que aún resta conocer toda una cantidad de hechos sobre la memoria.

Sostendré mis cuatro tesis sólo con respecto a (c), el abordaje psicodinámico de la memoria, que es, naturalmente, un aspecto central de la terapia de la personalidad múltiple. Pero no querría detenerme sólo en las batallas políticas efímeras del momento, por ejemplo, el alboroto por los falsos recuerdos. La memoria siempre ha tenido matices políticos e ideológicos, pero cada época ha encontrado en ella su propio sentido. A veces podemos quedarnos bastante perplejos frente a lo que han dicho nuestros predecesores. Tomemos un ejemplo de mis doce años fundamentales, 1874-1886. ¿Cómo podría consagrar a la perfección la jerarquía social de su época una conferencia sobre la memoria? El 12 de julio de 1879, una charla en la Société de Biologie de París hizo exactamente eso.³ Un tal Dr. Delannay dijo a su auditorio que:

- Las personas de las razas inferiores de la era moderna tienen más memoria que las de las razas superiores. Los negros, chinos, italianos y rusos tienen un notable talento para aprender idiomas (es de suponer que para aprender francés o inglés).
- La mujer adulta tiene más memoria que el hombre. Las actrices aprenden sus guiones más rápido y mejor que los actores. En los estudios de grado, a las mujeres les va mejor que a los hombres.
- Los adolescentes tienen más memoria que los adultos. La memoria alcanza su máxima potencia a los trece años de edad y disminuye a partir de entonces.

² Ellenberger 1970, 289-291. Aunque el subtítulo de su libro fuera *La historia de la evolución de la psiquiatría dinámica*, él observaba que la palabra “dinámica” se utilizaba en psiquiatría “con una variedad de significados que a menudo conllevaba cierta confusión”.

³ Dr. Delannay, según lo informado en *Gazette des Hôpitaux*, núm. 81 (1879): 645.

- Los débiles tienen más memoria que los fuertes. La memoria es mejor entre los menos inteligentes que entre los más inteligentes. Los niños que obtienen premios por recitar de memoria son menos inteligentes que el resto.
- Los estudiantes de la École Normale o de Val-de-Grâce –la escuela de doctores militares– con mejor memoria no son los más inteligentes.
- Los provincianos tienen mejor memoria que los parisinos. Los campesinos tienen más memoria que los habitantes de la ciudad.
- Los abogados tienen más memoria que los doctores. Los sacerdotes tienen más memoria que los legos.
- Los músicos tienen más memoria que los otros artistas. Se tiene más memoria antes de comer que después de la comida. La educación disminuye la memoria, en el sentido de que los analfabetos tienen más memoria que quienes saben escribir. Se tiene más memoria a la mañana que a la noche, en el verano que en invierno, en el sur que en el norte.

Eso abarca aproximadamente todo lo que pueda imaginarse. La memoria es un indicador objetivo de inferioridad. El médico anticlerical puso en su lugar a los sacerdotes y los abogados, junto al resto de la humanidad, como corresponde.

La declaración de Delannay combinaba alegremente las nuevas ciencias de la memoria y de la antropometría. La antropometría –el nombre se lo debemos a Francis Galton (1822-1911)– era la parte cuantitativa y estadística de la antropología. La antropología estaba muy ocupada con las comparaciones entre las diferentes razas de la humanidad, los subgrupos de una región, y las características de los sexos. Generaba mediciones de la inteligencia. La antropología, la sociología y la psicología estaban en marcha, y parte del terreno que tenían que atravesar era la memoria. Éste fue el período en el que nacieron las ciencias de la memoria. La inclinación ideológica de las ciencias humanas nacientes ha sido bien registrada, en especial en lo que se refiere al racismo y el sexismo. Sin embargo, no se han advertido mucho las connotaciones políticas de los estudios sobre la memoria. Pero antes de dirigirnos hacia ellos, debemos detenernos para confirmar el hecho de que, en realidad, las ciencias de la memoria (a)-(c) eran nuevas, y no formaban parte de una antigua tradición.

El contraste entre ellas y sus predecesoras es similar al que existe entre la ciencia y el arte, o entre el conocimiento [*knowing that*] y el conocimiento práctico [*knowing how*]. Las ciencias de la memoria nacientes proporcionaban nuevo conocimiento (el *que*), en contraposición con el arte de la memoria, que enseñaba *cómo* recordar. Ningún arte fue más estudiado ni más estimado, desde Platón hasta la Ilustración, que el arte de la memoria. O quizá sería mejor hablar del arte de memorizar. Este arte era un conjunto de técnicas o tecnologías de la memoria, llamadas de diversas maneras: *De arte memorativa*, *memoria technica*, mnemotécnica.⁴ Platón y Aristóteles a menudo se referían a una parte de este arte, en especial a una de sus formas, que se traduce como “ubicación”. Mary Carruthers le da un nombre más conveniente: mnemotécnica arquitectónica.⁵ En la mente uno forma la imagen de un espacio tridimensional, una casa bien amoblada o incluso una ciudad entera. ¿Quiere recordar que la imprenta fue inventada en 1436? Entonces ubique un libro en el trigésimo sexto lugar de la memoria en la cuarta habitación de la primera casa de la ciudad. Cicerón pensaba que estas técnicas, que sobrevivieron mucho después de la invención de la imprenta, tenían una enorme importancia, sobre todo para el orador. La memoria también era considerada esencial para la formación del carácter moral; la memoria era sumamente ética. El arte de la memoria languideció hasta lo que se conoce como la Alta Edad Media. Los más grandes escolásticos, como Tomás de Aquino, tenían una memoria prodigiosa. Carruthers sostiene que existe una relación compleja entre los libros y la memoria; en muchos casos, los libros no eran las máximas autoridades objetivas en que se convertirían más tarde, sino meros complementos del arte de la memoria. La mnemotécnica

⁴ Los estudios modernos clásicos son Rossi 1960 y Yates 1966.

⁵ Carruthers 1990, 71, prefiere este término al nombre “mnemotécnica ciceroniana”, muy utilizado y difundido por Frances Yates.

arquitectónica requería disciplina y regímenes rigurosos. Uno tenía que practicar la construcción de casas y ciudades en la cabeza, y aprender cómo ordenar mejor las cosas para poder estar siempre seguro de dónde había ubicado cada objeto a recordar. Los textos se recordaban de ese modo. Cualquier erudito competente poseía una inmensa base de datos almacenada en la mnemotécnica arquitectónica. Por lo general, no podía ir a la biblioteca para revisar una cita o un dicho. Pero no necesitaba hacerlo. Estaba en su cabeza.

Cabe destacar tres cosas. En primer lugar, el arte de la memoria tuvo un papel fundamental en el mundo antiguo, en la Alta Edad Media y en el Renacimiento. La habilidad en este arte confería gran prestigio; era un recurso político. En la época de Cicerón, era un arte para el orador, el más estimado entre los hombres. En la época de Aquino, lo era para el erudito. Carruthers hace una sugerencia reveladora: “La *memoria* puede considerarse como una de las modalidades de la cultura medieval (la caballería podría ser otra)”.⁶ Al igual que la caballería, era sólo para algunos, y su aplicación se limitaba a las actividades más elevadas. El potencial ideológico de la “memoria” difícilmente fue una invención de 1879. Sólo que su contenido cambió. La memoria era para la elite, y sin embargo, al igual que la caballería, llegó al mundo entero. La *memoria*, prosigue Carruthers, “también es un valor de por sí, identificado con la virtud de la prudencia. Como los modales, los valores permiten ciertos comportamientos, y también confieren mayor privilegio a algunos de ellos que a otros”.

En segundo lugar, el arte de la memoria era una verdadera *techne*, conocimiento práctico, y no simple conocimiento. No era una ciencia que proveyera conocimientos sobre algunos objetos de estudio, a saber, “la memoria”. En tercer lugar, el arte de la memoria se orienta hacia afuera. Sólo incidentalmente, como mucho, le preocupa la rememoración de las propias experiencias. Su único propósito es proporcionar el recuerdo instantáneo de cualquier conjunto de hechos, cosas o textos que uno quiera. Se ordena el material externo como una imagen vívida en la propia mente, a la cual se puede acceder directamente. Quizá lo que en informática se llama memoria, con sus numerosas tecnologías, descienda directamente del arte de la memoria. En esto hay algo lingüísticamente adventicio. Cada lenguaje esculpe sus ideas sobre la memoria con agrupamientos de palabras diferentes. En alemán, ni *Erinnerung* ni *Gedächtnis* servirían en absoluto para la memoria de una computadora, así que la palabra empleada es simplemente *Speicher*, depósito. La gente del medioevo solía utilizar la metáfora de un depósito para la memoria.

El arte de la memoria decayó durante la Ilustración, pero no fue reemplazado por otro arte o ciencia. La mnemotécnica se siguió enseñando, aunque no revestía ninguna autoridad o prestigio moral. Naturalmente, las personas no perdieron interés en la memoria. Una de las declaraciones más conmovedoras sobre la memoria y su recuperación –incluso los *flashbacks*– fue escrita por un autor insospechado, John Locke:

Muchas veces la mente se pone a trabajar en busca de alguna idea, y, por decirlo así, vuelve la mirada del alma sobre ella; aunque es cierto también que algunas veces surgen en la mente por su propio acuerdo y se ofrecen a sí mismas al entendimiento; y muy frecuentemente acontece que alguna turbulenta y tempestuosa pasión las despierta y saca de las oscuras celdas en que están, para presentarlas a la luz del día, ya que nuestras pasiones pueden traer a la memoria algunas ideas que de otro modo permanecerían quietas e inadvertidas.⁷

En tiempos de Locke, no había ningún intento sistemático de descubrir hechos sobre la memoria. Eso sólo comenzó tardíamente en el siglo XIX. Naturalmente, para cada predecesor hay un predecesor. El proyecto de localización de la neurología en parte deriva de la frenología, que ubicaba las facultades y capacidades mentales a través de las protuberancias en el cráneo. Pero recién en 1861 pudo un anatomista abrir un cerebro e identificar una lesión con pérdida de una

⁶ Carruthers 1990, 260.

⁷ John Locke, *An Essay Concerning Human Understanding* (1693), 2.10.7 [Locke, John (1999). *Ensayo sobre el entendimiento humano*. México: Fondo de Cultura Económica].

facultad mental. Se trataba de Paul Broca (1824-1880). “Tenemos todas las razones para creer que, en este caso, la lesión del lóbulo frontal fue la causa de la pérdida del lenguaje”⁸ (se recordará, según lo visto en el capítulo 11, que tres años antes Broca había probado con entusiasmo el hipnotismo de Azam en una auténtica operación quirúrgica de un absceso). Broca continuó con su trabajo sobre las localizaciones hasta su muerte, pero también estuvo muy activo en la antropología francesa, que consistía, en primer lugar y fundamentalmente, en el estudio de la raza y las razas. Lo recordamos por la región de Broca, el centro motor del habla en el cerebro. Broca dio inicio, con éxito, a un gran programa neurológico, aún vigente, de localización de las diferentes facultades en las diferentes partes del cerebro. El descubrimiento de Broca generó investigaciones entusiastas.

Los historiadores sitúan el siguiente hito en la identificación, hecha por Carl Wernicke, de otra región en donde se almacenan las palabras (o imágenes de palabras). Ésta podría considerarse como la primera delineación de una parte del cerebro que sirve como un tipo específico de banco de memoria. Si hubo un ensayo que aunó todos estos esfuerzos, fue el estudio sobre la afasia escrito por Ludwig Lichtheim en 1885.⁹ Debo hacer hincapié en que se trataba de un programa anatómico y fisiológico, que llamamos neurológico porque la parte del cuerpo examinada era el cerebro.

Ahora dirijámonos a la segunda ciencia de la memoria, a saber, el recuerdo. En 1879, Hermann Ebbinghaus (1850-1909) estableció un nuevo paradigma de investigación psicológica. Distaba mucho de la primera psicología experimental. Por ejemplo, la psicofísica de Gustav Fechner transformó la investigación psicológica de la relación entre el cuerpo y la mente. Fechner (1801-1887) descubrió leyes empíricas sobre las diferencias mínimas entre pares de pesas que un sujeto experimental podía discernir. Había experimentación en Alemania antes de Fechner, y hubo mucha después. Sin embargo, de manera plausible, Kurt Danziger considera que Ebbinghaus inauguró la psicología como ciencia de la medición en el laboratorio. “Todas las características fundamentales de la medición de las aptitudes psicológicas se manifestaron por primera vez en el trabajo clásico de Hermann Ebbinghaus sobre la memoria”.¹⁰ La investigación de Ebbinghaus se hizo pública en 1885 con un libro importante, *De la memoria*.¹¹

Ebbinghaus quería estudiar la memoria en su forma pura, no contaminada por otros tipos de conocimientos. Así que hizo experimentos sobre el recuerdo de sílabas sin sentido. ¿Por qué es tan importante? David Murray afirma que G. E. Müller (1850-1934) era mucho más influyente, porque fue pionero en la teoría de la interferencia sobre el olvido, y porque el propio Ebbinghaus era muy empírico y no especulaba sobre los mecanismos de la memoria.¹² Entonces, ¿por qué Danziger escogió a Ebbinghaus como un “precursor”, comparable con Broca? Aparte de los grandes revolucionarios de las ciencias, los “precursores” no se eligen tanto por la importancia de su contribución, sino por la adecuación del modo en que nos señalan un nuevo comienzo. Una característica fundamental de la obra de Ebbinghaus es que instituyó el tratamiento estadístico de los datos. Había que investigar la memoria en el contexto de la capacidad del sujeto para recordar una serie de sílabas sin sentido. Luego, había que elaborar un análisis estadístico de la capacidad para recordar. Ebbinghaus comenzó a trabajar consigo mismo, un ser humano típico, pero su comportamiento sólo debía comprenderse a través del examen estadístico. Su enfoque se convirtió en la norma, integrado con las teorías del aprendizaje. Cohortes enteras de psicólogos investigadores han dedicado toda su carrera a seguir los pasos de Ebbinghaus. Pocas revistas de psicología experimental siquiera considerarían evaluar un artículo de investigación que no incluyera una batería de tests estadísticos. Hay allí, entonces, una conjunción notable: el primer estudio sostenido del recuerdo y el primer uso sostenido de análisis estadísticos en psicología.¹³ Si Broca

⁸ Broca 1861.

⁹ Lichtheim 1885. Mi periodización de los primeros trabajos sobre la localización sigue a Rosenfeld 1988.

¹⁰ Danziger 1991, 142.

¹¹ Ebbinghaus 1885.

¹² Murray 1983, 186.

¹³ Debe quedar claro por el contexto que considero a los “precursores” como personas que señalaron un nuevo camino, no como ganadores. Para una anticipación a Ebbinghaus en el uso de las unidades sin sentido (dígitos) y la estadística, véase Stigler 1978. Ebbinghaus no fue el primero que utilizó la probabilidad en psicología. Ese mérito es de Fechner; véase Heidelberger 1993. Fechner no era estadístico; utilizaba la distribución gaussiana (normal) como modelo a priori

señala adecuadamente el inicio de la ciencia anatómica de la memoria, Ebbinghaus hace lo propio con el inicio de la ciencia estadística de la memoria.

Para mis propósitos, los estudios anatómicos y estadísticos de la memoria tienen un interés secundario, por lo que los cuelgo de ganchos históricos clásicos, como Broca y Ebbinghaus. Por el contrario, hemos estado inmersos en la psicodinámica desde el comienzo, y en cuanto uno entra en detalles se torna evidente que en este campo no hay precursores. Elegiré entonces a una figura que sirva como tipo ideal –una de varias, que manifiesta bien la tercera nueva ciencia de la memoria—. En 1879, en París, Théodule Ribot, dio una serie de conferencias sobre las enfermedades de la memoria. Fueron publicadas en 1881 como el primero de tres libros sobre enfermedades: de la memoria, de la voluntad (1883) y de la personalidad (1885).¹⁴ Las coincidencias abundan: Ribot comenzó a dar conferencias sobre los temas que formaban esta secuencia en París, en 1879, el año en que Ebbinghaus, en Leipzig, comenzó sus experimentos sobre la memoria. Completó su tercer libro en 1885, el año en que Ebbinghaus publicó sus resultados, y en que Lichtheim aunó los últimos desarrollos sobre la localización de las funciones cerebrales, incluyendo el recuerdo de palabras. Las coincidencias anuales no significan nada de por sí, pero puede que empecemos a hacernos una idea de cómo tres ciencias de la memoria, relativamente inconexas, avanzaban casi al mismo tiempo, y casi al mismo ritmo.

Las ciencias siguen cursos diferentes en escenarios institucionales diferentes, y en ambientes nacionales y culturales diferentes. El desarrollo de la psicología en Francia fue muy diferente del que tuvo en Alemania o en Estados Unidos. El itinerario francés fue médico y patológico.¹⁵ Por consiguiente, el estudio parisino de la memoria fue el estudio del olvido. Michael Roth ha escrito con elegancia sobre los significados más profundos para la cultura francesa que subyacían a la fascinación médica ante el olvido y la nostalgia.¹⁶ Según él, aunque casi todo el libro de Ribot trata del olvido, termina con un capítulo curioso sobre la hipermnésia, la memoria excesiva, que se consideraba patológica. Así que toma el texto de Ribot casi como un tratado moral, como un intento de definir la cantidad de memoria justa.

El análisis que hace Roth de las connotaciones del libro no carece de intuición, pero también deben tenerse en cuenta hechos más mundanos de la historia institucional. Danziger comienza su trabajo con una apreciación sorprendente: en Alemania y Estados Unidos, la psicología experimental siguió el modelo de la fisiología experimental; incluso se la llamó “psicología fisiológica”.¹⁷ En Francia, la situación fue totalmente diferente. La psiquiatría siempre había sido una rama importante de la medicina francesa, desde que Pinel “liberó los asilos” a fines del siglo XVIII. La influencia carismática del neurólogo Charcot, desde principios de 1870 hasta su muerte en 1893, hizo que las conexiones entre la mente, el cerebro y las enfermedades mentales fueran centrales para el estudio científico. Por ende, cuando alguien se dedicaba al estudio psicológico de la memoria en París, en la década de 1870, era difícil que no empezara por las patologías de la memoria: el olvido y la amnesia.

Este efecto no se limitó solamente a Francia. En esa época, Estados Unidos estaba eclécticamente abierto a todas las nuevas ideas científicas de cualquier parte de Europa. El artículo “Memoria” del clásico libro de Baldwin, *Diccionario de filosofía y psicología* (1901), tiene sólo la mitad de extensión que el artículo “Memoria, sus defectos”. Este último se centra sobre todo en la amnesia. La palabra “amnesia”, o más bien *amnésie*, se usó en Francia, en 1771, en la traducción del latín de la nosología –o clasificación– de todas las enfermedades escrita por Sauvages, que fue extremadamente influyente.¹⁸ Desde el comienzo, esa palabra designaba un trastorno médico, un objeto potencial de conocimiento. Pero no fue un campo de investigación importante hasta la

para la psicofísica, mientras que Ebbinghaus utilizaba la estadística empírica, el ajuste de curvas y las medidas de dispersión.

¹⁴ Ribot 1881, 1883, y 1885.

¹⁵ Brooks 1993.

¹⁶ Roth 1991a y 1991b.

¹⁷ Danziger 1991, 24-27.

¹⁸ Sauvages 1771, 1:157.

década de 1870. En ese momento, se convirtió en un campo central para la nueva ciencia francesa de la memoria.

Como mi “tipo ideal” de esta nueva ciencia, quería elegir a una figura que no fuese un patólogo ni un neurólogo. Quería a alguien que no sólo estuviese preparado para exponer hechos, sino también para discutir el método. Por eso, elegí a Ribot, siguiendo la pista de un filósofo. Dado que lo destaco, debo dejar en claro que sus concepciones positivas sobre la memoria (a diferencia del olvido) eran trilladas. Ribot era un discípulo fiel de la psicología asociacionista británica, y reconocía su deuda con los autores escoceses desde la primera página de su libro.¹⁹ Insistía provechosamente en que no se debería hablar de la memoria, como si tan solo se tratase de una facultad, sino de “las memorias” (*mémoires*). Pero esto es sólo una deducción a partir de las afirmaciones según las cuales los diferentes tipos de habilidades, destrezas y conocimientos adquiridos, se almacenan en diferentes partes del cerebro. Sobre las relaciones entre la mente y el cerebro, Ribot no era ni más ni menos programático que la mayoría de los otros escritores positivistas o cientificistas de esa época. “La memoria –escribía– es esencialmente un hecho biológico, accidentalmente un hecho psicológico”.²⁰ Ribot se tomaba el inconsciente (*l'inconscient*) muy en serio, y de modos muy diferentes de la obra enorme y enormemente romántica de Eduard von Hartmann, *Filosofía del inconsciente*, de 1869.²¹ Pero lo hacía como parte de su neurofisiología puramente especulativa. La conciencia se componía de ciertos acontecimientos del sistema nervioso (en particular “descargas”, según el lenguaje de la época) que duraban más allá de un cierto tiempo limitado. Los acontecimientos del mismo tipo, pero más breves, eran inconscientes. “El cerebro es como un laboratorio lleno de movimiento, donde se realizan miles de tareas a la vez. La cerebración inconsciente, al no estar sujeta a la condición del tiempo, tiene lugar, por decirlo de algún modo, sólo en el espacio, y puede actuar en varios lugares a la vez. La conciencia es la estrecha puerta por la que una parte muy pequeña de este trabajo se nos aparece”.²² Semejantes consideraciones sobre el inconsciente eran tan comunes en su época que sería insensato considerar que Ribot hubiera anticipado la idea de inconsciente de Janet, o la palabra *sous-conscience* de Janet. El propio Janet utilizó la palabra *inconscient* en los trabajos psicológicos anteriores a su *Automatismo psicológico* de 1889. En ese momento, acuñó el término “subconsciente” para separarse de la tradición de Hartmann que aún persistía en Alemania.

Ribot estaba a cargo de la cátedra de psicología comparada y experimental en el Collège de France. Recordemos cómo Pierre Janet, el sucesor de Ribot en esa cátedra, dijo (exagerando un poco): “De no ser por Félida, no estaría seguro de que hubiese una cátedra en el Collège de France ni de que yo estuviese aquí hablándoles del estado mental de las histéricas”. En el capítulo 11, hablé un poco del positivismo francés, defendido por líderes culturales poderosos como Hippolyte Taine y Émile Littré. Su modelo era el de 1870: popular, como respuesta a la vergonzosa derrota a manos de Prusia; también era republicano y secular. Ribot adhería francamente a su escuela de pensamiento. Su libro sobre la memoria, de 1881, tenía como subtítulo: *Un ensayo de psicología positiva*. En ese libro, discutía “las observaciones instructivas y detalladas del Dr. Azam”. Después de describir trabajos sobre el *dédoublement*, escribía:

Rechacemos la idea de un yo concebido como una entidad distinta de los estados de conciencia. Es una hipótesis inútil y contradictoria; es una explicación digna de una psicología en su infancia, que asume como simple lo que parece simple, y que postula en vez de explicar. Comparto la opinión de los contemporáneos que consideran a la persona consciente como un compuesto, como una resultante de estados muy complejos.²³

¹⁹ La psicología asociacionista había sido su punto de partida en la psicología: Ribot 1870.

²⁰ Ribot 1881, 107.

²¹ Hartmann 1869. Para una breve pero rica exposición sobre Hartmann y su entorno intelectual, véase Ellenberger 1970, 202-210.

²² Ribot 1881, 26-27.

²³ *Ibid.*, 82, en cursivas en el original. He dejado *moi* en varios pasajes, porque no puedo traducirlo uniformemente como “*self*” o “*ego*”, y menos aún como “*me*”. [En castellano sí es posible hacerlo, como “yo”, por lo que aquí se lo hace. N. del T.]

Ribot continuaba explicando que hay dos formas de considerar el yo. Tal como se aparece ante sí, es un conjunto de estados de conciencia presentes que puede compararse con un campo visual presente. Pero “este yo de cada momento, este presente renovado perpetuamente, se alimenta de la memoria en gran medida... En una palabra, el yo puede considerarse de dos modos: o bien en su forma actual, y entonces es la suma de los estados de conciencia actuales; o bien en continuidad con su pasado, y entonces está formado por la memoria”.²⁴

En el libro posterior al siguiente, dedicado a las enfermedades de la personalidad, Ribot comenzaba diciendo: “No es sino natural que los representantes de la vieja escuela, un poco desconcertados por la situación [de la psicología], acusen a los partidarios de la nueva escuela de ‘robarles su yo’”.²⁵ La “vieja escuela” era, según se explicó en el capítulo 11, lo que se llamaba el espiritualismo ecléctico de Victor Cousin. La estrategia de Ribot y sus colegas positivistas no era atacar las ideas filosóficas o religiosas sobre el alma, sino proporcionar un sustituto para el único aspecto de un ser humano que parecía resistirse a la ciencia. En vez de estudiar un yo unitario, debemos estudiar la memoria. Pero, ¿cómo sabemos que no hay ningún yo unitario? Los casos de *dédoublement*, Félida y sus sucesores, parecían espléndidos para mostrar que una persona no estaba constituida por un yo o ego espiritual, metafísico o trascendental. Pues en esos individuos, no había ningún yo unitario. Tenían dos personalidades, cada una conectada por una cadena normal o continua de recuerdos, aparte de las lagunas amnésicas. Al menos una personalidad ignoraba a la otra. Por ende (parecía que) había dos personas, dos almas en un solo cuerpo.

El uso de los dobles para refutar la idea de un ego trascendental era más retórico que lógico. La retórica logró cambiar las bases sobre las que el alma podía ser pensada. A su vez, el alma era el último bastión del pensamiento libre del examen científico. Por cierto, hacía mucho tiempo que había modelos mecánicos del ser humano, incluyendo el que fue presentado en el escandaloso libro de La Mettrie, *El hombre máquina*, publicado en Holanda en 1747. Los positivistas franceses creían, sin duda alguna, que toda la psicología finalmente tendría un fundamento neurológico. Ése era un lugar común, compartido, por ejemplo, por Freud y por muchos de sus predecesores de habla alemana. La importancia de Ribot y sus colegas no residía en que poseyeran un programa, sino en que ofrecían conocimiento. Era un conocimiento nuevo, un conocimiento científico sobre la memoria. Un conocimiento real, con leyes científicas sobre la memoria, entre las cuales estaba la que aún hoy se denomina “ley de Ribot”. Esta ley es un ejemplo perfecto del conocimiento superficial, una afirmación sobre cómo las facultades de la memoria se deterioran, que presupone que esas facultades son objetos de una determinada clase. Su propio nombre para esa ley era ley de regresión o reversión. “La destrucción progresiva de la memoria”, debido a cualquier patología, “sigue un orden lógico, una ley. *Avanza progresivamente de lo inestable a lo estable*”. Los recuerdos y las destrezas adquiridas tempranamente son estables, mientras que lo más reciente es más inestable. Su evidencia había sido extraída de varios tipos de amnesias, incluyendo la amnesia traumática y la demencia senil. Sostenía que su ley era universal, aplicable a cualquier tipo de pérdida de la memoria. Su ley le parecía “deducirse de los hechos, y exigía ser reconocida como una verdad objetiva”.²⁶ Consigno su propia definición de la ley en una nota.²⁷ Lo que nos interesa es el tipo de ley que pretende ser. Es una verdad objetiva. Se deduce de los hechos. Los hechos en cuestión pertenecen a la psiquiatría patológica. Es una ley sobre la pérdida de la memoria, sobre el olvido. Por último, la ley comprende, de manera uniforme, tanto el olvido causado por lesiones físicas como el olvido causado por *shock* psíquico. Por lo tanto, incluye el trauma en el viejo

²⁴ *Ibíd.*, 83.

²⁵ Ribot 1885, 1.

²⁶ Ribot 1881, 94, 95 (en cursivas en el original).

²⁷ “En el caso de la disolución *general* de la memoria, la pérdida de los recuerdos [*souvenirs*] sigue un curso invariable: los acontecimientos recientes, las ideas en general, los sentimientos, los actos. En el caso mejor conocido de disolución *parcial* (el olvido de signos [afasia]), la pérdida de los recuerdos sigue un curso invariable: los nombres propios, los sustantivos comunes, los adjetivos y verbos, las interjecciones, los gestos. En ambos casos... hay una regresión de lo complejo a lo simple, de lo voluntario a lo automático, de lo menos organizado a lo más organizado”. *Ibíd.*, 164, en la conclusión del libro, y que sintetiza 90-98.

sentido de la palabra, y el trauma en el sentido “a punto de advenir” (estamos en 1881). Cuando se toma distancia, ignorando el contenido de la ley de Ribot para mirar solamente su forma, se ve que ella anticipa la forma de casi toda la psiquiatría dinámica posterior.

No digo que Ribot sea un precursor de Freud, del movimiento moderno de las personalidades múltiples, ni nada por el estilo. Digo que es un ejemplo temprano de un hombre cuyo conocimiento superficial fue elaborado según las reglas de ese conocimiento profundo subyacente que sigue vigente hasta el día de hoy. Hay un rasgo de la sensibilidad moderna que deslumbra por su inverosimilitud: la idea de que lo que ha sido olvidado es lo que forma nuestro carácter, nuestra personalidad, nuestra alma. ¿De dónde sacamos esa idea? Para captarlo, tenemos que reflexionar sobre cómo el conocimiento sobre la memoria se hizo posible a fines del siglo XIX. ¿Qué intentaban hacer las nuevas ciencias de la memoria? Buscaban realizar descubrimientos, naturalmente, además de acumular más poder. Pero aunque sólo he expuesto el caso de una de las tres nuevas ciencias, sugiero que todas emergieron como ciencias sustitutas del alma, ciencias empíricas, ciencias positivas que iban a proporcionar nuevas clases de conocimientos con los que curar, apoyar y controlar el único aspecto de los seres humanos que hasta ese momento había quedado por fuera de la ciencia. Si sólo nos detenemos en los hechos superficiales, la politización de la memoria no parecerá más que un accidente curioso. Pero si pensamos en cómo surgió la idea misma de esos hechos, puede que las batallas tengan la apariencia de ser casi inevitables.